

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

JARDIN DE PRIMAVERA

Jardín de primavera, ¡qué tienen tus rosales, que hacen que yo solloce entre sueños lejanos, ¡qué exhalan estas tristes fragancias celestiales como si por las rosas estuvieran sus manos?

Era la tarde, cuando, bella como una rosa blanca, bajaba al parque a acariciarlo todo, a poner en el alma de luz de cada cosa la gracia melancólica de su doliente modo...

Y su caricia era de tan fresca elegancia, que todo le prestaba su olor en la arboleda; así ella estaba siempre cargada de fragancia y estelaba la estancia de perfume y de seda...

Hoy, cuando nada blanco ni nada dulce encuentro entre esto blanco y dulce que miro suspirando, parece que estas rosas de nieve tienen dentro a sus ojos azules que me miran llorando.

Juan R. JIMENEZ.

LOS MAESTROS

JUAN RAMON JIMENEZ

De los moradores en la torre de marfil, este fino y doliente Juan Ramón, cantor de las ninfas sutiles, es acaso el más puro. Entró en el sacro ámbito, callado y en penumbra, como asilo de vírgenes, cuando apenas el fino bozo de la pubertad sembraba su labio, y ha permanecido en él hasta la juventud pasada, ligera y clara sombra bajo los bosquejos de mirto y sobre los espejos de las fuentes. En la torre de marfil, su aposento es el más alto y recóndito, el que tiene los más firmes sellos sobre su entrada; y los jardines en que su leve sombra vaga no son visitados sino de la luna. Mientras sus juveniles compañeros hacen un ruido semejante al de los presos junto a las ventanas, y alguna vez se aventuran a hollar las vías del mundo, él permanece siempre retraído y lejano y solo, sin otra compañía que esa sombra que tiene el semblante de un hermano. Sus compañeros de pura vocación y de voces sutiles cantan alguna vez cosas profanas, pisan bajo las adelfas rojas y sangrantes y enlazan sus manos, cansadas de pulsar la cítara, con las dulces y ociosas manos de las hijas de los hombres. Pero él rara vez se evade de su sacro recinto, y no ama, sino a la dulce luna; y de las mujeres, nada, sino la sombra tenue...

Entre los moradores de la torre de marfil es acaso el más puro. Villaspesa trueno con una voz que se ha hecho roca entre las turbas, y es visto entre las gayas muchedumbres; Manuel Machado tiene una profana gracia humana; pero la voz de Juan Ramón llega a nosotros, fina y pura como la de un niño todavía, y no lo vemos nunca, entre los hombres. En el lírico hogar de toda esta juventud, en aquel pisito de la calle de Divino Pastor, que tendrá en nuestros recuerdos la misma perennidad simbólica que aquel entresuelo de la rue Batignolles en los faustos del parnassianismo; en aquella casita donde habitaba Villaspesa y donde nos congregamos todos, se habla de Juan Ramón, que envía sus libros al poeta y las violetas de sus jardines a la esposa. Vemos allí sus libros; y sus flores en el agua, pero nunca le hemos visto a él: Juan Ramón, doliente y fino, más fino por la ausencia, está lejos, en Francia, marchitándose puramente en esos jardines, llenos todos de luna, que pondrán luego epígrafe a uno de sus libros (Jardines lejanos).

Sin conocerle a él entonces, conocemos sus primeros libros: Ninfas (con un atrio de Rubén) y Almas de violetas, atrio de Villaspesa—1900—(raros hoy, refundidos parcialmente en libros posteriores). Son libritos minúsculos, gráciles, de una ligereza apenas núbil, como conviene a una musa naciente. Uno de ellos (Almas de violeta) lleva el retrato del autor, fiernisimamente juvenil, sin bozo aún, en la edad grata a Homero y a los dioses, sin la

EL ENSUEÑO ES AMABLE

El ensueño es amable y el alma se recrea en evocar las cosas que nos fueron queridas y tiene algo del bálsamo que venden en la aldea y sirve para cura de todas las heridas...

Van pasando los años esperando que encienda su fana la desexada princesita dormida y cuando cerca estamos de nos que la venda y la leona del Tedio sale de su guarida...

Al invierno se pierden las incógnitas rutas, ascienden al espacio las nubes en volutas y ocultan las almenas del palacio lejano.

Pero el alma sencilla piensa en la Primavera; que el ensueño es amable y el juglar aún espera que a lo lejos emerja la piedad de una mano!

M. E. Castillo y CASTILLO.

LOS MAESTROS DEL SIMBOLISMO

MAURICIO MAETERLINCK

Maurice Maeterlinck, insigne poeta belga, nacido en Gante.

Es autor de poemas sutiles de una intensidad maravillosa de expresión y una excepcional exquisitez idiomática.

Su nombre es el más alto prestigio del lirismo belga y sus dramas recuerdan, por el hondo sentido trágico a Esquilo.

Maclair le llama hijo espiritual de Shakespeare y su "Intrusa", que abre nuevas direcciones al Teatro, justifica tales palabras.

Publicamos uno de sus poemas intraductos aún al castellano.

sus más hermosas obras son PELEAS y MELISANDE, LOS CIEGOS, LA INTRUSA, etc.



LA PRIMAVERA MUERTA

Ha muerto el hada

el hada divina, Primavera.

En el lago tiembla la luna dorada

Cierra tus ojos azules, Quimera.

Murió en el bosque amarillo, se escapó suspirando con el trémolo agudo del pastoril caramillo.

Calló el pájaro y Pan está mudo.

Y la lengua de oro del carrilón sonoro gritó de angustia al verlo amortajada de las rosas postreras.

Murió el Hada.

Pero resucitarán todas sus hermanas las nuevas Primaveras.

Maurice Maeterlinck.

bre el jardín, nos sentimos intimidados en su presencia. Juan Ramón es quieto y frío como una sombra, impenetrable hasta cuando nos muestra el retrato de Verlaine. Y pulso como un mármol. Lleva ya la barbilla faunescas, a lo Rubén, viste de oscuro, con la elegancia de un dandy, y es como un Musset juvenil, pálido y fino, el Musset galante de las cenas en Tortoni y los bailes en la Opera. Todo es pulso en él y a su alrededor. Todo, hasta las cuartillas que nos muestra, de un noble papel rígido, en que él escribe sus versos con una fina letra vertical, cuyos rasgos no olvidará Ortiz de Pinedo, ni tampoco la firma, con una simple raya por toda rúbrica. Algo nos defrauda en esta entrevista, como siempre que creemos encontrar un alma y hallamos también un cuerpo. Esta vez es la impasibilidad del que creíamos encontrar deshecho en lágrimas; la fría corrección mundana del hermano en la luna y la ligera ironía de esa sonrisa que nos descubre dientes blancos, cuando el poeta habla de algún pobre colega menos dotado de gracia sutil.

Pero esta revelación de lo humano en el poeta, nos da nuevas luces sobre su arte. Juan Ramón está poseído por el anhelo de lo sutil, de lo exquisito, de lo raro. Este anhelo será el que determine sus mayores extravagancias líricas, que vendrán después de Rimas y de Arias tristes y de Jardines lejanos, en aquellas primaverales con que saluda a Rubén, duque de melancolías, y en aquellos libros publicados desde la provincia —Hojas verdes, Elegías lamentables (1908), Baladas de primavera (1910)—, y este anhelo es el que determina ya en Rimas, libro sencillo y claro, la aspiración a dar sensaciones cromáticas tenuísimas y a reproducir diluidos matices celestes de ocultos y nocturnos. Este anhelo es el que lo exquisito, que refina en un tono más menor, aprendido acaso de Samain y Guérin y Verlaine, la voz algo broncea que trajo del Mediodía, y cubre de una niebla del Norte su lunático silencio de otoño, la serenidad y limpidez de los pontones y esa vaguedad septentrional que tienen sus paisajes, apenas florecidos de naciéndo violetas. De los poetas de su siglo, Juan Ramón es quien hace comedia la antífona del otoño, y vuelve a dorar con un nuevo oro las hojas secas de Bécquer. Pianos sonoros en la tarde, hondo silencio de los parques cerrados, luna en la fuente, oro de lámpara familiar en las ventanas, rostros de muchachas asomadas a las verjas de los jardines; todos estos son temas genuinos de la lírica de este poeta que han pasado a innumerables discípulos. ¿Fue iniciación para esta predilección lírica La sonata de otoño valle-inclanense? Juan Ramón ha sido el poeta del otoño; de su tristeza se ha llenado, con sus matices ha pintado sus rimas y la vaga ternura, difusa en el aire de otoño, le ha inspirado esos cantos sencillos a los herfanitos, a las muchachas sin novio, a las colegialas que

van a misa y a ese mes de Mayo, en que tanto recuerda a Coppé y al Rusiñol de Fulls de la vida, y que forman el principal tesoro de Ortiz de Pinedo, su discípulo, y toda una vena clara en la obra de Martínez Sierra.

De 1900 a 1908, Rimas (con el recuerdo de Bécquer!), Arias tristes, Jardines lejanos son los libros en que se explayan con profusión y acoso con monotonía, esta ternura melancólica del poeta. El tema principal de estos libros es siempre el mismo: la soledad lírica, que a veces se vuelve hacia las cosas enviándole mensajes de amor semejantes a los de la luna inflamada, y preguntándose si han visto a la presentida, a la novia ideal, que duerme aún su sueño puro entre los coros de las vírgenes; y a veces se concentra aún más en sí misma, "cifrando toda la dicha del mundo en poseerse místicamente, mediante la comunión hipostática del alma con su forma etérea. El poeta es un foco solitario de ternura—diríase una luna—que envía sus rayos a las cosas bellas y a las criaturas inocentes, para recogerlos luego en sí mismo y mostrarse con el fulgor de un plenilunio casto. De este noble proceso nacen los cantos líricos, pero objetivos—cantos a las cosas, al otoño, a la fuente, a la ninfita pálida, a la ventana iluminada tras la cual vela o sueña una virgen, a las acacias blancas, a los pianos de la tarde, que pulsa una mano blanca—, estos cantos que a veces trazan cuadros apacibles y honestos, de costumbres familiares, aprovechados y sistematizados luego por otros escritores. No recordáis las nenas vestidas de claro, las acacias blancas, los pianos vespertinos de los costumbristas a lo Madrid sentimental?—Y de este doble proceso nacen también los cantos líricos puramente subjetivos; los inefables soliloquios del alma consigo misma, para sí misma novia blanca y única flama central de un jardín de Rusiñol, con luna y fuentes y sendas desiertas. En el fondo, toda esta ternura sin objeto preciso; este místico retraimiento; este miedo del mundo y de la vida; esta aprensión de la muerte, todo esto por lo cual Juan Ramón es considerado como un ultradecadente por la crítica y saludado por nosotros con los más tiernos epítetos, no es sino una crisis de la pubertad, la congoja con que un corazón de joven, delicado y sutil, aguarda la llegada, fatalmente segura, de la mujer, que ya se anuncia con una larga sombra turbadora.

En Arias tristes, ya la esperanza ha hecho su aparición. A semejanza de aquel poeta que en el cuento rubiano había visto ninfas, el poeta aquí ha visto ya mujeres. Sus madrigales anteriores sin dedicatoria llevan ahora los nombres de Francisca, Enlalia, etc. Infúndase ahora la serie de esos cantos epitalámicos, castos y blancos, que concentran humana y personalmente la antigua ternura sin objeto, y constituyen un nuevo aspecto de la obra del poeta, y le arma caballero en aquel soneto

y un nuevo germen de largas y tempestuosas floraciones. En el antiguo jardín romántico, jardín de Verlaine y de Samain, en el que sólo había una quimera de formas luminosas y cándidos lirios, hay ahora una mujer; y entre las glicinas y las acacias, la manzana de la sabiduría abre-se como una boca de la que manan amargor y dulzura. La experiencia del amor florece la obra lírica de sutiles idilios, tristes y tiernos, en que la voz varonil es la más tenue y suena sobre apagados tonos de una música de Schumann y de Beethoven. Estos idilios con luz de luna, música tenue y lejana y fragancia y pompa floral de rosas que velan mágicamente la desnudez, son toda una modalidad de la obra del poeta; y forman como una armónica teoría de bellos cuadros que pueden ponerse en parangón con los mejores madrigales de Rubén.

Hacia el 908 Juan Ramón retorna a la provincia, y desde allí publica Las hojas verdes, Elegías intermedias, Elegías puras, etcétera. La visión de la aldea que siempre pasa, en largas ráfagas de ingeniosos celajes por la obra del poeta, se afirma ahora en él y recibe hospitalidad en libros enteros como Baladas de primavera, lleno de ingenuidades aldeanas, de glosas de canciones populares y de galante a lo Lafontaine de res, de elegías campesinas. La égloga los primeros libros se hace aquí más graciosamente rústica, al par que todas las que recuerdan a Góngora y Esquilo un carácter más nuestro en letrichale, y en leves rimas a lo Meléndez Valdés. Revive aquí el alma ingenua de Gaspard Hauser; y el sencillo Juan Ramón se hace aquí aún más sencillo para cantar los reflejos rojos y las flores en el pelo y los pilgueros y verdoneros de los campos. No recordáis las glosas de Olmedilla? Pero al mismo tiempo, por inevitable y explicable contraste—no hemos mentado a Góngora?—se hace también más conceptual y alambicado. En los libros de esta época es donde está lo verdaderamente raro de Juan Ramón, las expresiones ultragongorinas, las visiones estrábicas que marcan el límite de la evolución de una sensibilidad que fue siempre ávida de nuevas formas. De esta época son esas expresiones conceptuosas—tener a la emoción por rosa y a la sensación por estrella—, esas graciosas incoherencias.—El sentimiento ruseñor no es pájaro de pino—que han pasado sin gracia a tantos discípulos. Pero de esta época es también Melancolía (1912), donde está esa admirable sinfonía En tren, en que el poeta por la primera vez se encara resueltamente con la realidad y la traslada al verso, limitándose a interpretarla sentimentalmente, en cuadros de un realismo poético que superan y perfeccionan cuanto hasta entonces han hecho los realistas sentimentales a lo González Blanco (Poemas de provincia). Y de esta época, por último, es ese humorismo fino y afectuoso, a lo Santa Teresa, que, en Platero y yo, enaja aquella sonrisa irónica que en las tardes lejanas del Sanatorio nos descubría sus blancos dientes; ese humorismo benévolo de los místicos al referirse al cuerpo, al asnillo—no es un asno de Platero?—y a lo imperfecto de la naturaleza y que moderadamente ha reafirmado en las mejores páginas de Unamuno y de Martínez Sierra, como consecuencia del moderno amor a los místicos que, con el retorno a los primitivos (Valle-Inclán), la exaltación del Greco y la nostalgia oriental (Villaspesa) constituye los tres momentos españoles de este renacimiento por tantos títulos exótico.

Marcan estos libros el último modo del poeta, y ve: Empecé este estudio, forzosamente sintético, evocando los nombres de Rueda y de Bécquer y termino citando los de Góngora y Santa Teresa. Entre estos dos extremos se extiende el tránsito recorrido por el vuelo lírico de nuestro poeta de lo español a lo español, pasando por el alma de Francia. Como casi todos sus compañeros de generación literaria Juan Ramón Jiménez empezó su ascensión lírica bajo los auspicios de Salvador Rueda, que representaba entonces la novedad humana de esta cosa divina y eterna que es la poesía, y era el definidor de la moderna métrica, al par que el fundador del colorismo; el ascendente de Rueda es bien visible en sus primeros libros, junto a la tradición becqueriana y a una fraternal semejanza con Rusiñol. Más tarde llegan hasta él avivadas por el hábito interesante de Rubén Darío, las auras de Francia, las dulces auras verlainianas, que rizan más finamente las aguas de su fuente lírica, y dan a su voz juvenil un acento aún más íntimo y tenue. Rubén Darío no le otorga el espaldarazo lírico, y le arma caballero en aquel soneto

TARDE DE LLUVIA

¿Sabes de algo más triste? Yo escucho, mientras llueve, de un niño que solloza la voz ita leve...? Así mi corazón esta tarde es gernal, enfermo desahuciado de un exquisito mal, oyendo de la lluvia la voz invocadora, se quiere sonreír, no lo consigue, y llora...

El ángel de la tarde ha encendido un lucero... diez... mil... Da sus jazmines el sacro jazuñero; hay una luz de estrellas tan triste que da pena; a través de la lluvia parece a una azucena húmeda cada estrella... Mi corazón las mira, quiere decirles algo, pero calla, suspira...

Veo el cielo sin luz, oigo la lluvia lenta —la lluvia del crepúsculo que tantas cosas cuenta— y siento que humedecen mis mejillas marchitas lágrimas parecidas a estrellas pequeñas.

Medardo Angel SILVA

que empiezan—Tienes, joven amigo, coñida la coraza?—Rubén Darío ejerce un justo ascendente sobre él y le comunica el amor a la belleza sutil y a la gracia pura de la forma conceptual y funambulesca a lo Bécquer, siempre en riesgos de malograrse, que en él se une a ese otro amor por la forma clásica y acentuada al estilo de los parnasianos (compárense Sonatina y la Marcha Triunfal) y recuérdese el soneto de Juan Ramón, que empieza: Una galera de oro tornaba en el Poniente—(Poemas mágicos y dolientes, 1911). A semejanza del maestro, Juan Ramón busca esa gracia sutil y a veces también esa perfección clásica, sobre todo en los libros de su segunda época hasta Laberinto (1914), amalgamando así en su obra la primitiva melancolía romántica a lo Musset con la estilizada simbólica y la plasticidad parnasiana, sobre todo lo cual pasan en esta su segunda época las sombras traviesas de Góngora y Meléndez, traídas acaso por ese retorno a lo español que avivan Valle-Inclán y Martí Ruiz.

Pero lo esencial es que gracias a esta revelación, cuya epifanía agitó sus lenguas de fuego, como en la Eneida y en el Evangelio, sobre los jóvenes del cenáculo modernista, Juan Ramón se orientó más decididamente hacia la poesía interior; substituyó el color por el matiz, y concibió ese amor por la belleza pura para los corazones y para el silencio, no para el aplauso ni el triunfo, que ha puesto en su frente una estrella, no roja ni dorada, sino blanca. De los habitantes de la torre de marfil, de aquellos fervorosos jóvenes que juraron no crear belleza para el vulgo, sino para el deleite íntimo y la perfección espiritual, que hicieron del arte principio, medio y fin de la existencia, Juan Ramón, con los Machado, forma la trinidad más pura. Hoy, como entonces, su firma es una estrella errante, un raro prodigio en las revistas ilustradas; prosista admirable, no es el autor de ninguna novela y siente por el teatro el sacro pánico primitivo.

Esta probidad artística le confiere un sacerdotado ascendente sobre los jóvenes, justificado además por su exquisita obra lírica. Esta obra, sencilla y diáfana toda ella, tiene ya hoy la difusión de las rimas becquerianas entre el público más puro de las mujeres y los adolescentes, y ha influido largamente sobre los poetas contemporáneos. De esta luna lejana y quieta, que es Juan Ramón, han penetrado rayos leves y áureos en casi todos los libros modernos. Ortiz de Pinedo debe su natividad lírica y su florecimiento fugaz; Villaspesa, la dulce sombra que vela sus fulgores meridionales; los jóvenes de hoy tienen vislumbres de ese claro de luna casi todos ellos, especialmente Rogelio Buendía (Nácares) y José María Romero, Romances de primavera, que son dos grandes poetas para mañana. Hay todo un arte imitativo para glorificar a Juan Ramón, que consiste en combinar luz de luna, rumor de surtidores y ecos de un clave lejano.

¿Cuántos títulos de libros no se recordan! Juan Ramón Jiménez ha sido el renovador de la égloga moderna, en cuadros de idilio pastoril y urbano, a lo Góngora y a lo Meléndez, con más emoción y verdad que en Núñez de Arce; el revelador de la belleza sutil del siglo y del ocaso, que ha fundido en una plata celeste la estrella vespertina de Musset; el creador de los madrigales, con ruseñor y luna y fuente, a lo Goethe y a lo Verlaine; el autor de las novias blancas; y el inspirador de ese tono menor lírico infantil y tenue, sin pompa retórica, sin música apenas, semejante a un suspiro confidente, en el que sólo puede compararse ese gran poeta encanestrado en sí mismo—Amor Nervo—, y por cuyos infantiles acentos lo llamamos con los nombres más sencillos e íntimamente, Juan Ramón.

quedaran! Juan Ramón Jiménez ha sido el renovador de la égloga moderna, en cuadros de idilio pastoril y urbano, a lo Góngora y a lo Meléndez, con más emoción y verdad que en Núñez de Arce; el revelador de la belleza sutil del siglo y del ocaso, que ha fundido en una plata celeste la estrella vespertina de Musset; el creador de los madrigales, con ruseñor y luna y fuente, a lo Goethe y a lo Verlaine; el autor de las novias blancas; y el inspirador de ese tono menor lírico infantil y tenue, sin pompa retórica, sin música apenas, semejante a un suspiro confidente, en el que sólo puede compararse ese gran poeta encanestrado en sí mismo—Amor Nervo—, y por cuyos infantiles acentos lo llamamos con los nombres más sencillos e íntimamente, Juan Ramón.

R. Cansinos ASSESA.

AMADO NERVO, MISTICO

Cuando Nervo publicó Plenitud, celebró jesuita Julio Cebaldero estas líneas:

A Nervo le conocíamos ya como poeta algo tóxico y místico desde sus primeros versos de Místicas Perlas Negras. En Almas que pasan y Mis filosofías, había cierta filosofía en prosa; pero la hay más condensada en Plenitud. Su poesía lírica ha dado este libro más ro, que encabeza generosamente a quien regala a los lectores la filosofía que ha ido recogiendo por la vida, con estas palabras: "Es mi riqueza: toda para tí". Sesenta capítulos breves en estilo conciso y de dictámenes sabios, la manera del Kempis. Lo que que puedo hacer para dar a conocer el libro es copiar uno cualquiera de ellos:

"Libertad.—La riqueza es algo de libertad, fuerza, infancia; pero es libertad.

El amor es delicia, tormento, licia tormentosa, tormento delicioso, imán de imanes; pero no es libertad. La juventud es deslumbramiento, frondosidad de ensueños, embriaguez de embriagueces; pero no es libertad. La gloria es transfiguración, organización, orgullo exaltado y beatífico; pero no es libertad. El poder es sirena de viejos y jóvenes, prodigalidad de honores, unidad de culminación, sentimiento de eficacia y de fuerza; pero no es libertad.

El desprecio de las cosas ilusorias el convencimiento de su nulo valor la facultad de suplirlas en el alma con un ideal inaccesible, pero más real que ellas mismas; la certidumbre de que nada, si no lo que puede esclavizarnos, es ya el camino de la libertad.

La muerte es la Libertad absoluta."

GOODRICH. — Maulme

LOS POEMAS DEL ARTE

EL MARMOL

Divino mármol, sientes en tu interior, el rito palpitante del viejo cincel, en la emoción y tu cuerpo sagrado da en cada golpe, un grito, cual si tu carne eterna, tuviera corazón.

Porque palpas la vida del sentir infinito, en la palmodia artística del olímpico són y porque tú resurges, las voces del Gran Mito, como un Himno salvaje de inquietud y de unión.

Buen Fidiás mitológico, el de la faz acerba, creaste de la masa, una rubia Minerva, encarnación agreste de Atenas y Corintho.

Divinidad de formas paganas y sustnosas, desde la gran columna de líneas armoniosas, hasta la egritnia regia del exótico plinto.

Gonzalo Escudero MOSCOSO.